Estampa de aquel viejo salón.

Aquel Salón melancólico y viejo —la vejez no es, en él, más que una nueva melancolía— ensaya ahora un gesto blanco que no rima, no puede rimar bien en su historia, tejida de pecados humildes.

Recuerdo el escenario por donde pasaron —desnudas, ¡en aquel tiempo pudibundo!— todas las bellezas populares y baratas, de las que fue reina Consuelo Portela, más conocida por "la Chelito".

Estudiantes, patanes, buscavidas..., y vosotros, vosotros también, señores graves, señores austeros, ¿no os acordáis ya? ¿Ya no os dice nada la remembranza de aquella hora impúdica de labios viciosos y marchitos?

En el rostro mudo y quieto, dormido, de la noche provinciana, la llamada insistente, inquietante, del timbre del Salón, de cuyo nombre tampoco quiero acordarme, era como un grito equívoco, y sus puertas —abiertas— parecían sonreír descocadamente. Y había en ellas algo del "¿vienes?" susurrando, suspirado al oído con temblores de queja...

¡Noches encendidas y delirantes de aquel Salón!... ¡A cuántos pobres hombres engañásteis con la mentira halagadora y efímera —caminaba ya hacia el ocaso el sol de su vida, y parodiaban sin saberlo al famoso personaje de Molière— de que su alma era un alma hecha para el encanto de la aventura; mientras ella, pobre mujer, esperaba en vano —¡oh señores austeros, señores graves!— al descarriado esposo, los ojos enrojecidos de sueño y de llanto, frente al reloj con su tic-tac burlón! ¡Cuánto drama grotesco, al conjuro de aquella hora maléfica y aventurera!

¡Ay, la aventura ridícula en la noche provinciana, embrujada de silencio y de honestidad, y enyesada de luna!...

El cine —cortejo de sombras que pasan, tienen algo del fluir inexorable de la vida— va devanando ahora sobre la pantalla de aquel viejo Salón las secuencias de una película lamentable. Celuloide tan rancio como el propio local.

Murmullos de admiración, de devoción, acogen al galán amanerado de otros tiempos —¿Alan Lad, por ejemplo?—, que se inclina ante la dama con cursi sonrisa estudiada. En los ojos enormes de una mujercita delicada, frágil, con aire "in" pese a su mocedad, adivino una mirada fervorosa para el ídolo de las mamás y aun de alguna abuelita que presume de "pop"

He aquí las tardes blancas en que ahora el Salón, sintiéndose viejo, quiere purificarse, redimirse de un pasado de pecados humildes.

Dolor estéril de lo que ha de fracasar irremediablemente, la angustia de todo lo irredento.

Porque su esfuerzo ha llegado tarde, y es inútil ya. En cada rincón, una boca viciosa ríe desde la sombra. La atmósfera de ayer, la atmósfera de siempre, turbia de lujuria y de melancolía —juntas, abrazadas, en el acierto de la frase rubeniana—, ha dejado en todo un olor tenue, apagado, imperceptible casi, pero que no desaparecerá nunca, a perfumes baratos.

Estas mismas cortinas de flores plebeyas y chillonas —cortinas equívocas de las antañonas mancebías—, bajo las que se esconden las puertas laterales, le traicionan, le pierden, le delatan, nos gritan su pequeña historia, la que todos sabemos...

En fin de cuentas, el presente está continuamente yéndose, fugaz, como esas sombras de la antigua película. Y al futuro, mientras llega, puede la ilusión cargarlo tercamente de esperanza. ¡Quizá sea ésta lo único que realmente merece la pena!

¿Y el pasado? Sólo él es irreversible. Unicamente él representa lo ya irremediable, sujetando a los hombres y las cosas con cadenas, no por invisibles menos fuertes.

Si en lo mínimo puede haber una gran lección —*máximus in mínimis,* ya se sabe—, este forcejeo del viejo Salón pecaminoso por desasirse de su pasado podría encender, como aquéllas bermejas en la noche blanca, otras luces de un claro símbolo.

—Esta monserga la dice usted por algo, ¿no?

—Perogrullesco, amigo. Como ya somos todos demócratas, usted puede pensar como quiera. A lo mejor, cansado de barajar siglas, se divierte usted tratando de adivinar lo que yo quise decir y no dije, o bien lo que dije sin quererlo decir. Todo puede ser cuando todo cambia.

—¡Quién sabe!...

José S. SERNA

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Cervantino de Villarrobledo. 1977.